Cacho Casal.fm Page 33 Friday, November 25, 2005 8:49 AM

# *'L nimico empio de l'umana natura:* Quevedo, Ariosto y la artillería

Rodrigo Cacho Casal
University of British Columbia

Las silvas de Quevedo son una de las mejores muestras de su profunda deuda con el Renacimiento europeo. El autor concibió estos poemas como un diálogo con la tradición humanista, que, a partir del redescubrimiento del mundo clásico, actualizó y renovó los modelos literarios greco-romanos. Estas composiciones destacan por su erudición y por su denso tejido intertextual constituido por fuentes como Estacio, Séneca, Petrarca, Marino o Belleau[1]. La poesía de la antigüedad se funde con la italiana, la francesa y la española, produciendo algunos de los textos más ambiciosos de Quevedo, en los que éste se sitúa en el centro de los movimientos estéticos de la literatura culta de su tiempo: el clasicismo abraza la corriente petrarquista, el marinismo, la Pléiade; y, al mismo tiempo, estos cauces son reinterpretados a través de un código conceptista cargado de contenidos neoestoicos. La silva *Execración contra el inventor de la artillería* es el resultado de esta convergencia de estímulos diversos, y su estudio permitirá desvelar algunas constantes de la ideología y de la técnica literaria quevediana. Pero antes de pasar a este análisis es necesario hacer algunas precisiones sobre sus variantes textuales, que demuestran una continuada labor de revisión por parte del escritor.

La silva contra la artillería («¿En cárcel de metal, ¡oh atrevimiento!») debió componerse en la primera década del siglo XVII, y se conserva en seis versiones manuscritas y una impresa incluida en *Las tres musas últimas castellanas* (pp. 157-59), editadas póstumas en 1670 por el heredero de Quevedo, su sobrino Pedro Aldrete[2]. En la *musa* octava de esta antología, titulada *Calíope,* se recoge el texto que parece corresponder a la versión definitiva revisada por el autor[3]. Como en el manuscrito de la Biblioteca Provincial de Évora y en el autógrafo de la Biblioteca Nacio-

[1] Sobre las silvas quevedianas y sus modelos ver Asensio, 1983; Jauralde, 1991; y Candelas, 1997.

[2] Blecua enumera y coteja los diferentes testimonios en su edición de la poesía de Quevedo (*Obra poética,* vol. 1, pp. 279-82), donde esta silva lleva el número 144. Jauralde, 1991, pp. 177-78 ha fechado su composición entre 1613 y 1616.

Cacho Casal.fm Page 34 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



nal de Nápoles, el impreso de las *Tres musas* elimina los seis versos finales (89-94) que se hallan en los demás testimonios, lo cual demuestra la voluntad del poeta por aligerar su composición y evitar la reiteración de conceptos moralizantes sobre la muerte y el pecado ya expresados anteriormente. Este deseo de síntesis se aprecia también en la elisión del verso 11 («ya que a temerle no, a respetarle») que aparece en todos los demás testimonios, aunque también podría ser un salto del copista o del cajista. En todo caso, citaré siempre siguiendo el texto de las *Tres musas*. La revisión quevediana se aprecia incluso en el cambio en el epígrafe de la versión impresa, que añade el término *execración* frente a los marbetes de los manuscritos, que se limitaban a indicar: *Al inventor de la artillería*. Esta adición enfatiza el tono grave y censorio de la composición, y recuerda asimismo el título de otra obra de Quevedo: la *Execración por la fe católica contra la blasfema obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos* (1633).

El poema *Execración contra el inventor de la artillería* trata un motivo muy difundido en el Renacimiento: la invectiva contra las armas de fuego. Esta invención, que había revolucionado las estrategias militares, fue vista por muchos autores como una degeneración del espíritu noble de la guerra y de los ideales caballerescos. Con poco esfuerzo y sin saber manejar una espada, un solo individuo podía causar estragos en las líneas enemigas. Esta idea se convirtió pronto en un tópico literario que encontró una de sus más afortunadas expresiones en los cantos IX y XI del *Orlando furioso,* en los que Ariosto habla del arcabuz del malvado rey Cimosco. Sus numerosos imitadores italianos y españoles incluyeron a menudo en sus obras ataques a la artillería, como se aprecia por ejemplo en el famoso discurso de las armas y las letras del *Quijote* (I, 38)[4]. La difusión de esta invectiva asociada al poema ariostesco fue tal que Sebastián de Covarrubias la incluye en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) al definir la voz *arcabuz,* donde además cita por extenso los versos del *Orlando furioso*. Pero la misma cuestión fue tocada también en otras obras que gozaron de mucha popularidad. Polidoro Virgilio le dedica el capítulo II, 11 de su *De inventoribus rerum* (1499), que fue empleado como fuente por Pedro Mexía en el capítulo I, 8 de su *Silva de varia lección* (1540) y por Fernando de Herrera en sus comentarios a Garcilaso (1580)[5]. Machiavelli se ocupó de las armas de fuego en su *Dell'arte della guerra* (1521) y en sus *Discorsi sopra la prima Deca*

[3] Como opina Rey, 1995, p. 18, nota 4. Blecua, en cambio, considera el texto impreso como la versión primitiva. Sin embargo, por lo general las *Tres musas* ofrecen las lecturas más correctas de las silvas, reflejo de la última revisión de Quevedo, como en el caso de *El pincel* (Cacho, 2004) y *Farmaceutria* (Pérez-Abadín, 2005).

[4] Chevalier, 1966, p. 166; Márquez Villanueva, 1973, pp. 171-72; y Moreno Castillo, 2001, pp. 165-67, documentan la difusión de este tópico literario, que en el Renacimiento viene de alguna manera a sustituir el rechazo del mundo clásico y medieval por los arcos y las flechas (Rajna, 1975, p. 211, nota 1; Hatto, 1940).

[5] *Anotaciones a la poesía de Garcilaso,* pp. 383-91. Se trata de la nota al verso 6 del soneto XVI, «No las francesas armas odïosas».

Cacho Casal.fm Page 35 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



*di Tito Livio* (1531), mostrando una postura más práctica, alejada de idealismos poéticos. Según él, la artillería es un instrumento útil en la guerra, pero, pese a su importancia, no es capaz de sustituir completamente la virtud personal de los soldados: «l'artiglierie, secondo l'opinione mia, non impediscono che non si possano usare gli antichi modi e mostrare l'antica virtù»[6]. La silva de Quevedo retoma el motivo del desprecio por las armas de fuego a partir de un elaborado diálogo con sus fuentes literarias.

La estructura de esta silva es claramente bimembre, y ello es debido sobre todo a la combinación de dos modelos fundamentales: Horacio y Ariosto. Quevedo no se limitó a reproducir el motivo ariostesco siguiendo las líneas generales marcadas por el *Orlando furioso,* sino que lo enriqueció al colocar el rechazo por las armas de fuego en un contexto moral de mayor alcance. El pecado condenado en la silva es la soberbia humana, el «atrevimiento» puesto de relieve ya en el primer verso de la obra. Gracias a inventos como el de la artillería, el ser humano se cree capacitado para dominar un elemento tan incontrolable como el fuego, lo cual, a su vez, le lleva a intentar equiparase con Dios, quien solamente puede manejar su fuerza. La voz censoria del narrador se dirige a su destinatario y le invita a mantenerse apartado del fuego. En cambio, le sugiere que procure y trate los restantes tres elementos, que son menos peligrosos: la tierra, el agua y el aire. Esta invectiva contra la vanagloria ocupa la primera parte del poema (vv. 1-57), y parece haberse inspirado en la *Oda,* I, 3 de Horacio. En este poema el autor latino abomina el invento de la navegación, vista como una arriesgada búsqueda más allá de los límites permitidos a los hombres y guiada por la codicia de los bienes materiales[7]. En la parte final, Horacio amplía su reflexión y ofrece una serie de ejemplos que encarnan los atrevimientos humanos: Prometeo, que robó el fuego; Dédalo, que se vistió de alas para cruzar el cielo; y Hércules, que bajó a los infiernos sin respetar las barreras de la tierra. Como en la silva *Execración,* se utilizan los cuatro elementos como referentes morales aplicados a pecados censurables. Sin embargo, Quevedo subvierte su empleo con valor negativo, puesto que estos «corteses elementos» sirven para contrastar con el pernicioso fuego, símbolo de la soberbia. Incluso el tan manido tópico del desprecio por la navegación es forzado en una lectura positiva: «Al alto mar furioso / enséñale a sufrir selvas enteras»[8]. Esta inversión resulta especialmente chocante si se tiene en cuenta la larga tradición del ataque contra los navegantes codiciosos, y es empleada para destacar todavía más la naturaleza maléfica de la invención de la artillería: frente a este parto tan nefasto de la mente

[6] *Arte della guerra,* libro III, p. 233. Ver también *Discorsi,* II, 17. Sobre la visión de la artillería en Machiavelli ver Montezemolo, 1891.

[7] Acerca de la presencia de este tópico en la poesía moral de Quevedo ver Schwartz, 1984; y los trabajos de Rey, 1987; 1995, pp. 31-35 y 212-13.

[8] *Execración,* vv. 41-42. Moreno Castillo, 2001, pp. 171-72 proporciona varios ejemplos donde aparecen imágenes semejantes en la lírica del Sigo de Oro y en las obras quevedianas. Sobre el uso con fines morales de los cuatro elementos en Quevedo ver Rey, 2004.

Cacho Casal.fm Page 36 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



humana, hasta cruzar los mares más peligrosos parece algo beneficioso. El escritor, al tiempo que renueva y juega con los códigos poéticos, aumenta el componente censorio de su poema.

Quevedo, pues, se apropia del motivo clásico del rechazo de la navegación tomándolo de Horacio, y lo actualiza y substituye con el tópico desprecio por la artillería. Esta adaptación horaciana se evidencia sobre todo en el uso de los cuatro elementos con fines éticos, y en la reutilización de unos versos de la oda latina que sirven para introducir la segunda parte de la silva (vv. 58-87), donde se contiene la más explícita condena de las armas de fuego:

> De hierro fue el primero
> que violentó la llama
> en cóncavo metal, máquina inmensa.
> Fue más que todos fiero,
> indigno de las voces de la fama.
>
> *Illi robur et aes triplex*
> *circa pectus erat, qui fragilem truci*
> *commisit pelago ratem*
> *primus*[9].

La idea de que el primero en utilizar un objeto tan pernicioso, ya sea una nave o una pieza de artillería, tiene un corazón de hierro («*aes*», 'bronce') parece derivar de Horacio. De hecho, Quevedo imitó estos versos también en su *Sermón estoico de censura moral:* «De metal fue el primero / que al mar hizo guadaña de la muerte»[10]. Junto con el influjo de la oda latina, este pasaje de la *Execración* se ve enriquecido por ecos ariostescos. La mención a la crueldad del inventor de las armas de fuego parece haber sido combinada con estos versos del *Furioso:* «Come trovasti, o scelerata e brutta / invenzïon, mai loco in uman core?» (XI, 26); así como el «cóncavo metal» y la «máquina inmensa» recuerdan el «cavo ferro» (IX, 73) y la «machina infernal» (XI, 23)[11]. La descripción de las armas de fuego como instrumentos huecos podría también estar partiendo de la miscelánea de Polidoro Virgilio, donde se detalla este aspecto al ofrecer la supuesta etimología del término *arcabuz:* «*arcusbusius, a foramine, opinor, quo ignis in puluerem fistula contentum immittitur*»[12].

[9] Quevedo, *Execración,* vv. 58-62; Horacio, *Odas,* I, 3, vv. 9-12.

[10] *Polimnia,* núm. 111, vv. 61-62. Moreno Castillo, 2001, p. 177, documenta más textos latinos donde se encuentran expresiones similares, además de varios poemas españoles que imitan los versos horacianos.

[11] Aparece un sintagma similar en otro poema quevediano contra la navegación: «máquina espantosa» (*Polimnia,* núm. 63, v. 2). Como anota Rey: «En la poesía moral de Quevedo *máquina* tiene connotaciones negativas, en cuanto instrumento de la codicia o la soberbia» (*Polimnia,* p. 247).

[12] *De inventoribus rerum,* II, 11, p. 262. Covarrubias recoge esta definición en su *Tesoro:* «arcabuz se dijo de *arca,* que es lo que por otro nombre llaman cámara, y *buso,* que vale agujero o cañón» (p. 139). La misma idea se halla en el poema *Syphilis* (III, v. 57) de Girolamo Fracastoro, en un pasaje que cita y traduce Herrera en sus *Anotaciones* a Garcilaso: «Los cavados cañones espantosos» (p. 390).

Cacho Casal.fm Page 37 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



Otra referencia que se debe probablemente al libro *De inventoribus rerum* es la del verso «indigno de las voces de la fama», que sintetiza el pasaje donde se afirma que el nombre del inventor de la artillería fue ocultado para que su memoria no estuviera deshonrada por la eternidad: «*nomen eius perpetuo occultaretur ne omni tempore a cunctis mortalibus male audiret*». Más aún, el adjetivo «indigno» podría ser un recuerdo directo de la paráfrasis del texto de Polidoro que incluye Pedro Mexía en su *Silva de varia lección:* «cuyo nombre no se sabe, ni meresció que dél quedase memoria»[13]. En *Execración* se aprecia claramente la técnica literaria de Quevedo, basada en la superposición y amalgama de modelos variados. Los versos de Horacio y Ariosto se entretejen con referencias tomadas de otros autores, y todo ello es reelaborado en clave personal, que produce nuevos matices y contenidos.

La trama intertextual de la silva quevediana queda de manifiesto también en los primeros versos, en los que se presentan más advertencias morales. El narrador le reprocha a su destinatario el atrevimiento de querer jugar a ser Dios con un uso abusivo del fuego y de los rayos:

> ¿Cómo, di, de los rayos del verano
> no aprendiste, tirano?
> Antes quieres, solícito, imitarle,
> sin ver que, presumiendo de hacerle,
> sólo podrás llegar a merecerle.
> ¿No te son escarmiento lastimoso
> tantas cenizas que ciudades fueron,
> torres que el viento derramó impetuoso
> cuando el troyano muro y Roma ardieron?[14]

El adjetivo *tirano* tiene a menudo en la poesía moral de Quevedo un significado genérico, vacío de valor político, equivalente a 'poderoso injusto'[15]. Sin embargo, aquí podría haber una alusión al rey Salmoneo, que según Polidoro Virgilio fue el primero en morir herido por un rayo lanzado por Júpiter. El dios le castigó porque en su vanagloria el rey quiso imitar sus truenos conduciendo un carro cargado de antorchas encendidas. Este personaje, descrito por Virgilio entre los condenados al Hades en el libro sexto de la *Eneida* (vv. 585-94), es mencionado también en el tratado *De inventoribus rerum:* «*Salmoneus enim Aeoli filius cum vellet Iovem in fulminibus iaciendis aemulari, ab eo de coelo tactus ad inferos detruditur*»[16]. Los versos 11-13 de la silva aluden veladamente a esta historia mitológica y aprovechan su valor ejemplar a través del contraste nacido de la oposición de tres infinitivos con pronombre enclítico, co-

[13] *De inventoribus rerum,* II, 11, p. 260; *Silva de varia lección,* I, 8, p. 83.

[14] *Execración,* vv. 9-17. El verso 16 en la versión de las *Tres musas* es hipérmetro, pues lee: «tantas torres que el viento derramó impetuoso». Podría separarse en dos versos (7 y 7 sílabas), pero entonces se perdería la rima consonante empleada en el poema (*viento* quedaría descolgado). Por lo tanto, enmiendo el pasaje, apoyándome también en la lectura del autógrafo de Nápoles: «Torres derramó el viento impetuoso» (Ettinghausen, 1972, p. 272).

[15] Como explica Rey (Quevedo, *Polimnia,* p. 299).

Cacho Casal.fm Page 38 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



locados estratégicamente en posición final de verso: «imitarle», «hacerle», «merecerle». La carga intertextual de este pasaje se aprecia también en los versos siguientes, donde Quevedo pone en práctica un recurso muy fecundo en su producción literaria: el diálogo entre sus propias obras. En este caso, el autor aprovecha imágenes moralizantes propias de la poesía de ruinas al combinar *Execración* con otra silva suya, *Roma antigua y moderna*. Nótese la reiteración de voces como *torres, cenizas, viento* o *derramar:*

> Abrasadas del fuego sobre el río,
> torres llovió en ceniza viento frío;
> pero de las cenizas que derramas
> fénix renaces, parto de las llamas[17].

A partir del verso 58 arranca la segunda parte de la silva *Execración*. El narrador se refiere en tercera persona al inventor de la artillería, lamentando su dañina creación. La imitación del *Orlando furioso* es aquí evidente. Tras un comienzo sermonario de tono más general inspirado en la oda horaciana, el poema entra ahora en materia e interpela más directamente la obra de Ariosto. Quevedo retoma su invectiva contra las armas de fuego, que han acabado con los valores de la noble caballería:

> Per te la militar gloria è distrutta,
> per te il mestier de l'arme è senza onore;
> per te è il valore e la virtú ridutta,
> che spesso par del buono il rio migliore:
> non piú la gagliardia, non piú l'ardire
> per te può in campo al paragon venire.
>
> Éste burló a los muros su defensa;
> éste, a la muerte negra lisonjero,
> la gloria del valiente dio al certero;
> quitó el precio a la diestra y a la espada,
> y a la vista segura dio la gloria[18].

Ambos textos comparten el desdén por la artillería que permite a individuos de poca monta, guiados sólo por su buena puntería, derrotar a honrados guerreros. La pólvora y los arcabuces suponen el fin de la valentía, sustituida por la astucia y la cobardía. En este sentido, Quevedo se sitúa en la posición más idealista del debate en torno a las armas de fuego, en un polo opuesto al de Machiavelli, autor con el que él mantuvo siempre una postura ambivalente, entre crítica declarada y aceptación

[16] II, 11, p. 260. La posible alusión a Salmoneo en la silva es señalada también por Moreno Castillo, 2001, p. 169. Según Candelas, 1997, p. 154, el poema desarrolla el mito de Prometeo.

[17] *Roma antigua y moderna,* vv. 145-48. Cito de las *Tres musas,* p. 144. Esta silva se repite unas páginas más adelante, en una versión con ligeras variantes (pp. 163-68). En la edición de Blecua lleva el número 137.

[18] Ariosto, *Orlando furioso,* XI, 26; Quevedo, *Execración,* vv. 63-67. Corrijo la lectura «seguro» del verso 67, siguiendo el testimonio autógrafo del manuscrito de Nápoles (Ettinghausen, 1972, p. 273).

Cacho Casal.fm Page 39 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



tácita de algunas de sus ideas políticas. Este compromiso antimaquiavélico se manifiesta ya en una de sus obras de juventud, el *Discurso de las privanzas,* en el que el autor se propone un plan a largo plazo contra el tratadista florentino: «pienso ocupar parte de mi vida en escribir contra todas sus obras». La silva *Execración* puede ser así entendida también como un rechazo indirecto de los planteamientos defendidos en los *Discorsi* y en el *Arte della guerra*[19].

En este pasaje cabe señalar también la oposición metonímica entre ojos (puntería) y manos (espada), ausente en Ariosto, y que se reitera de modo sentencioso unos versos más adelante: «ya matan más los ojos que las manos». Consiste en una de las novedades más llamativas de este fragmento quevediano y parece retomar indirectamente un tópico muy manido de la poesía amorosa de la época: la belleza de la amada es tal que mata con su mirada. Como ya ocurrió con el motivo de la navegación, en la silva *Execración* se asiste a una manipulación de diferentes cauces líricos de los que se toman prestados algunos elementos para ser reutilizados en un ámbito nuevo o con unos significados que, en principio, les son ajenos. Quevedo produce un efecto ambiguo que combina familiaridad y extrañamiento a la vez. El lector reconoce tópicos, metáforas e imágenes comunes a la poesía clasicista del Renacimiento pero, a su vez, es sorprendido por el sutil proceso de descontextualización al que son sometidos. Asimismo, estos juegos literarios sirven a fines morales, pues la dualidad entre manos y ojos destaca el contraste entre virtud y pecado que sustenta la argumentación ideológica del poema.

El entramado intertextual de la silva se alimenta de otros versos ariostescos, como la octava 78 del canto IX, donde el autor italiano introduce una comparación entre el disparo de la artillería y los rayos arrojados del cielo por Júpiter:

> Chi vide mai dal ciel cadere il foco
> che non sí orrendo suon Giove disserra,
> e penetrante ove un richiuso loco
> carbon con zolfo e con salnitro serra;
> ch'a pena arriva, a pena tocca un poco,
> che par ch'avampi il ciel, non che la terra;
> spezza le mura, e i gravi marmi svelle,
> e fa i sassi volar sin alle stelle.

El símil entre fuego, rayos y la explosión producida por las armas de fuego es empleado también en *Execración:* «los rayos del verano», «fuego ardiente», «soberbias del fuego», «llama ardiente». Sin embargo, no son imágenes exclusivas de Ariosto, ya que se hallan en casi todos los autores renacentistas que se ocupan del ataque contra la artillería, como,

[19] *Discurso de las privanzas,* p. 239. Sin embargo, en la segunda parte de la *Política de Dios* Quevedo parece seguir en parte a Machiavelli: «Dirán que aquel género de milicia de David y los demás los tiempos le han variado y hecho implaticable; y no es así, ni tiene la culpa el tiempo con las nuevas máquinas de fuego y diferentes fortificaciones, sino el distraimiento que padecen los ánimos belicosos» (p. 292).

Cacho Casal.fm Page 40 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



por ejemplo, Polidoro Virgilio: «*fulmini odore, luce, sonitu, impetu simillima est*»[20]. Pero Quevedo aprovecha también para utilizar el rayo como referencia a la fuerza vengadora divina, que no perdona los excesos humanos, cuando lo llama con una perífrasis: «ministro de sus iras». En estas alusiones parece estar evocando los versos ariostescos («orrendo suon Giove disserra») y el final de la *Oda,* I, 3 de Horacio, que inspiró la primera parte de la silva. El texto latino se cierra con una amenazadora condena de los hombres y sus atrevimientos, que merecen ser castigados por los rayos de Júpiter: «*caelum ipsum petimus stultitia neque / per nostrum patimur scelus / iracunda Iovem ponere fulmina*». Sin embargo, frente a sus precedentes literarios, Quevedo ha cristianizado la presencia divina. Al afirmar: «De la diestra de Dios omnipotente / deja sólo tratarse el fuego ardiente», pocas dudas caben de que alude al Dios bíblico, y no al pagano[21]. Si la soberbia es el blanco principal de las críticas en la obra, no hay que olvidar que ésta es uno de los siete pecados capitales y que la condena quevediana parte tanto de planteamientos éticos como religiosos, al igual que en su tratado *Virtud militante,* donde le dedica un capítulo entero a la que considera una de las pestes del mundo.

En estos versos del *Orlando furioso* se encuentran más imágenes que fueron reaprovechadas en la silva *Execración.* Ariosto destaca la fuerza destructora de las armas de fuego ponderando su capacidad de derribar cualquier obstáculo que se les ponga delante, incluso muros y mármoles. En la octava 25 del canto XI reitera estas ideas: «che 'l ferro spezza, e i marmi apre e ruina», así como reinciden en ella los otros autores que escribieron sobre la artillería, tales como Machiavelli, quien recoge opiniones similares en sus *Discorsi:* «l'impeto delle artiglierie è tale che non truova muro ancoraché grossissimo che in pochi giorni ei non abbatta»[22]. Quevedo se sirve de estos precedentes en su silva, e introduce de esta manera más indicadores de su diálogo literario con Ariosto y otras derivaciones del motivo del desprecio de la artillería: «burló a los muros su defensa», «Derribará la torre y la muralla». Lo mismo se aprecia en el sintagma «clausuras breves» del verso octavo de la silva, que se hace eco del «richiuso loco» de este texto del *Furioso.* En este caso, Quevedo desarrolla más el contraste simbólico ocasionado por la presencia de algo tan poderoso y demoledor como el fuego encerrado en un espacio tan limitado como el de un arcabuz. Esta reflexión abre el poema a través de una alusión perifrástica:

[20] *De inventoribus rerum,* II, 11, p. 260. Mexía también realiza esta comparación: «truenos con tiros de hierro», «truenos de fuego» (*Silva de varia lección,* I, 8, p. 84). Herrera cita en sus *Anotaciones* otros textos poéticos en los que aparece el símil (pp. 389-91), y no falta tampoco en el *Arte della guerra* de Machiavelli: «con lo impeto del fuoco» (II, p. 189).

[21] *Execración,* vv. 18-19. Moreno Castillo, 2001, pp. 169-70, comenta estas referencias bíblicas.

[22] II, 17, p. 261. Ver también Polidoro Virgilio: «quicquid obvium offendit quassat, dissipat, frangit» (*De inventoribus rerum,* II, 11, p. 260), y Pedro Mexía: «instrumentos para derribar casas y muros» (*Silva de varia lección,* I, 8, p. 83).

Cacho Casal.fm Page 41 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



¿En cárcel de metal, ¡oh atrevimiento!,
que al cielo, si es posible, da cuidado,
quieres encarcelar libre elemento,
aun en las nubes nunca bien atado?[23]

Estos versos presentan un oxímoron barroco de mucha fortuna en la literatura conceptista: *multo in parvo.* Quevedo reprodujo la misma idea en su soneto amoroso *Retrato de Lisi que traía en una sortija,* que se abre de forma muy similar a la silva, en donde retoma el motivo de la cárcel pequeña que encierra algo que la trasciende; en este caso el retrato de Lisi, hermosa como el sol: «En breve cárcel traigo aprisionado, / con toda su familia de oro ardiente, / el cerco de la luz resplandeciente»[24]. *Execración* se inicia, pues, con un golpe de efecto, que pretende captar la atención del lector y provocarle un extrañamiento ético y estético. Los dualismos libertad-prisión y grandeza-pequeñez funcionan como hipérboles del abyecto atrevimiento humano. Las «clausuras breves» llevan por tanto el «richiuso loco» ariostesco hacia derroteros insospechados por el autor del *Furioso.* La silva aísla algunos elementos de su modelo, los manipula y los reinterpreta en clave barroca.

Sin embargo, la imitación quevediana no sólo sigue, sino que se aparta también de Ariosto en varios aspectos. Es llamativa sobre todo la renuncia a insistir en el estrépito producido por las explosiones de las armas de fuego, una cuestión que se reitera constantemente en el *Orlando furioso:* «sembra a tanto rumor che si fracassi / la selva intorno», «il ciel rimbomba al paventoso suono», «sibila e stride». Quevedo ha dejado de lado los efectos acústicos de la obra italiana, y ha preferido concentrarse en los elementos visuales de su descripción. Así como los males de la artillería son producto de los ojos y de la puntería, la verbalización de su fuerza destructora apela sobre todo al sentido de la vista. El lector se encuentra ante versos que evocan los desastres de la guerra moderna a través de imágenes impactantes relacionadas con los rayos y el fuego, que no esconden alusiones demoníacas: el perverso ingenio humano es capaz de crear un infierno en la tierra. Aun así, lo cierto es que la silva *Execración* pone un énfasis mucho menor que el *Furioso* en la procedencia diabólica de la artillería. Según la obra italiana, este artefacto fue inventado por Lucifer en persona: «fabricato nel tartareo fondo / fosti per man di Belzebú maligno / che ruinar per te disegnò il mondo»; idea que reproduce también Covarrubias en su *Tesoro* cuando define la palabra *arcabuz:* «Arma forjada en el infierno, inventada por el demonio»[25]. Detrás del descubrimiento de la pólvora y del hallazgo de la artillería está la mano urdidora del diablo, «'l nimico empio / de l'umana natura», que la puso en manos de los hombres para que causaran su propia desgracia[26]. Quevedo coloca en un segundo plano la figura

[23] *Execración,* vv. 1-4. Una imagen similar se aplica a la descripción del cohete en un soneto moral de Quevedo: «azufre aprisionado» (*Polimnia,* núm. 87, v. 7).

[24] *Obra poética,* núm. 465, vv. 1-3.

[25] Ariosto, *Orlando furioso,* IX, 91; Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana,* p. 139.

Cacho Casal.fm Page 42 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



del demonio, ya que está más interesado en subrayar la responsabilidad humana de este invento. De esta manera, da otro giro novedoso al tópico de la artillería, e incrementa la carga moralizante y censoria de su obra. Sólo la humanidad es culpable de tales aberraciones, cuando pone su ingenio y su habilidad al servicio de tan nefastas creaciones: el progreso tecnológico mal empleado puede llegar a ser una perversión[27].

La obra moral de Quevedo coloca a menudo al ser humano cara a cara con sus pecados, y le hace directamente responsable de ellos. El diablo y otras entidades semejantes pueden condicionar parcialmente sus decisiones, pero no forzarlas. El libre albedrío es intocable y nuestras acciones deben medirse por su rasero. En su *Fortuna con seso,* el escritor presenta planteamientos semejantes. Júpiter, reunido con los demás dioses en consejo, se queja ante la Fortuna por la manera injusta en la que distribuye los bienes y los castigos, pues a menudo individuos bondadosos no reciben los favores que merecerían y, al contrario, muchos malvados se enriquecen y prosperan: «das a los delictos lo que se debe a los méritos y los premios de la virtud al pecado». Pero ésta se justifica, y explica que no toda la culpa es suya, ya que la mayoría de los individuos es incapaz de administrar los bienes que ella dispensa:

> Muchos reciben de mí lo que no saben conservar; piérdenlo ellos y dicen que yo se lo quito. Muchos me acusan por mal dado en otros, lo que estuviera peor en ellos. No hay dichoso sin envidia de muchos, ni hay desdichado sin desprecio de todos[28].

Estos planteamientos arrojan una visión muy pesimista de la naturaleza humana. Ni la Fortuna es responsable de nuestras desventuras, ni el diablo es el único culpable de inventos tan perniciosos como las armas de fuego. Sólo el hombre es capaz de usar el talento que se le concedió para obrar el mal, y poner su inteligencia al servicio del egoísmo y la soberbia. Al cristianizar el motivo del ataque a la artillería en su silva, Quevedo hace de su creación una ofensa directa a Dios. Con o sin ayuda de Lucifer, el hombre se ha dejado guiar por la soberbia y ha quebrado las leyes de la naturaleza. Su ingenio ha dado a luz un artilugio que compite en maldad con el demonio, y cuyo enorme poder destructor es empleado para ocasionar masivas matanzas. Él es el único artífice de su propia desventura. La antigua valentía se ha apagado y en su lugar ha quedado la astucia y la cobardía, como sentencia el final de la silva:

> vencerá la batalla
> y dejará burladas
> mil confianzas de armas bien templadas;
> será la gloria suya,
> suya será también la valentía,

[26] Ariosto, *Orlando furioso,* XI, 22.

[27] Es una idea que aparece en más de una ocasión en la poesía moral quevediana (Rey, 1995, pp. 83-84).

[28] Quevedo, *La Fortuna con seso,* pp. 588, 589.

Cacho Casal.fm Page 43 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



y sólo la osadía
y la malicia quedará por tuya[29].

La obra se concluye con otro juego de contrastes binarios, que polarizan un enfrentamiento entre pecado y virtud, entre ingenio y valor. El que emplee las armas de fuego podrá salir victorioso de la batalla, pero su honor quedará para siempre manchado. La invención de la artillería sirve como ejemplo para demostrar las desviaciones a las que puede llevar el entendimiento humano cuando es usado para fines indignos. Esta idea reaparece en otras dos obras de madurez quevedianas, que presentan una reutilización de *Execración.* Seguir este proceso de reescritura permite ilustrar la técnica creadora del autor español, quien construía sus propias obras a partir de la amalgama de modelos previos, y entre estos modelos podía en ocasiones incluir también otros escritos suyos. La silva contra el inventor de la artillería se basa en la imitación de Horacio y Ariosto, pero este texto poético también sirve de fuente a Quevedo para dos pasajes de la *Fortuna con seso* y la *Providencia de Dios*. En la primera se limita a prosificar unos versos de su poesía: «Inventose poco ha la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto de las murallas y dando más victorias al certero que al valeroso». En la segunda, lleva a cabo una paráfrasis más completa de su silva, citando el dominio del ser humano sobre los cuatro elementos: «La majestad de los elementos no ha podido exentarse de su imperio»[30]. Sin embargo, la reelaboración conceptual es mucho mayor, porque en este caso la soberanía de la inteligencia humana sirve como argumento para defender el valor del alma racional y, en último término, para exaltar la grandeza de Dios. El motivo del ataque a las armas de fuego acompañó a Quevedo en varios momentos de su carrera literaria, desde una obra de juventud como *Execración* hasta un tratado de madurez como la *Providencia de Dios.* En este ciclo de reescrituras el tópico sufrió varias alteraciones estilísticas e ideológicas, dependiendo de los objetivos perseguidos por el escritor. Esta ambigüedad depende en último término de dos ideas contrapuestas que se combinan: la inteligencia del ser humano es tan grandiosa que es capaz de manipular la naturaleza y forzar sus leyes, pero esta misma virtud es utilizada a menudo con una finalidad perniciosa. *Providencia de Dios* hace hincapié en la primera, y la silva en la segunda.

La *Execración contra el inventor de la artillería* es una dura condena de la humanidad, que se hace indigna de los privilegios que le han sido concedidos. Su inteligencia superior la lleva a pecar de soberbia, ya que gracias a sus inventos técnicos se cree capaz de competir con Dios. Sin buscar posibles justificaciones en influjos diabólicos como Ariosto, Quevedo hace totalmente responsables a los hombres de estas desviaciones. En este sentido, la silva refleja claramente su visión pesimista de

[29] Quevedo, *Execración,* vv. 81-87.

[30] *La Fortuna con seso,* p. 745; *Providencia de Dios,* pp. 1549-50. Rey, 2004, pp. 113-18, analiza el empleo de los cuatro elementos en esta última obra.

Cacho Casal.fm Page 44 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



la vida, pues para él no cabe duda de que el peor enemigo de la naturaleza humana es siempre ella misma.

## Bibliografía


Ariosto, L., *Orlando furioso,* ed. L. Caretti, introd. I. Calvino, Torino, Einaudi, 1992, 2 vols.

Asensio, E., «Un Quevedo incógnito. Las *silvas*», *Edad de Oro,* 2, 1983, pp. 13-48.

Cacho Casal, R., «La silva *El pincel* de Quevedo y Rémy Belleau», en *Studies in Honor of James O. Crosby,* ed. L. Schwartz, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2004, pp. 49-68.

Candelas Colodrón, M. Á., *Las silvas de Quevedo,* Vigo, Universidad de Vigo, 1997.

Chevalier, M., *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du «Roland furieux»,* Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966.

Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española,* ed. M. de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1998.

Ettinghausen, H., «Un nuevo manuscrito autógrafo de Quevedo», *Boletín de la Real Academia Española,* 52, 1972, pp. 211-84.

Hatto, A. T., «Archery and Chivalry: A Noble Prejudice», *Modern Language Review,* 35, 1940, pp. 40-54.

Herrera, F. de, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso,* eds. I. Pepe y J. M. Reyes, Madrid, Cátedra, 2001.

Horacio, *Odi e Epodi,* introd. A. Traina, trad. y notas E. Mandruzzato, Milano, Rizzoli, 1994.

Jauralde Pou, P., «Las silvas de Quevedo», en *La silva,* ed. B. López Bueno, Sevilla, Universidades de Sevilla y Córdoba, 1991, pp. 157-80.

Machiavelli, N., *Dell'arte della guerra,* en *Le grandi opere politiche,* eds. G. M. Anselmi y C. Varotti, Torino, Bollati Boringhieri, 1992, vol. 1, pp. 143-322.

Machiavelli, N., *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio,* en *Opere,* ed. M. Bonfantini, Milano-Napoli, Ricciardi, 1954, pp. 87-420.

Márquez Villanueva, F., *Fuentes literarias cervantinas,* Madrid, Gredos, 1973.

Mexía, P., *Silva de varia lección,* ed. I. Lerner, Madrid, Castalia, 2003.

Montezemolo, C., «Machiavelli e le armi da fuoco», *Rivista di Artiglieria e Genio,* 4, 1891, pp. 87-118.

Moreno Castillo, E., «Anotaciones a la silva *Al inventor de la pieza de artillería* de Francisco de Quevedo», *La Perinola,* 5, 2001, pp. 165-83.

Pérez-Abadín Barro, S., «El *iynx* o *rhombus* en la *Farmaceutria* de Quevedo», *Hesperia,* 8, 2005, pp. 103-16.

Quevedo, F. de, *Discurso de las privanzas,* ed. E. M. Díaz Martínez, Pamplona, Eunsa, 2000.

Quevedo, F. de, *La Fortuna con seso y la Hora de todos. Fantasía moral,* ed. L. Schwartz, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, tomo 2, pp. 561-810.

Quevedo, F. de, *Obra poética,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-81, 4 vols.

Quevedo, F. de, *Poesía moral (Polimnia),* ed. A. Rey, Madrid, Támesis, 1999.

Quevedo, F. de, *Política de Dios,* ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1966.

Quevedo, F. de, *Providencia de Dios,* en *Obras completas. Obras en prosa,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1988, vol. 2, pp. 1541-1617.

Cacho Casal.fm Page 45 Friday, November 25, 2005 8:49 AM



Quevedo, F. de, *Las tres musas últimas castellanas,* ed. facsímil de F. Pedraza y M. Prieto, Madrid, Edaf, 1999.
Rajna, P., *Le fonti dell'«Orlando furioso»,* ed. F. Mazzoni, Firenze, Sansoni, 1975.
Rey, A., «Tradición y originalidad en el *Sermón estoico de censura moral*», *Edad de Oro,* 6, 1987, pp. 235-51.
Rey, A., *Quevedo y la poesía moral española,* Madrid, Castalia, 1995.
Rey, A., «Los cuatro elementos en la obra de Quevedo: perspectivas morales», en *Les quatre éléments dans les littératures d'Espagne (XVIe-XVIIe siècles),* dir. J. P. Étienvre, Paris, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2004, pp. 99-118.
Schwartz Lerner, L., «Quevedo junto a Góngora: recepción de un motivo clásico», en *Homenaje a Ana María Barrenechea,* ed. L. Schwartz Lerner e I. Lerner, Madrid, Castalia, 1984, pp. 313-25.
Virgilio, P., *On Discovery,* ed. y trad. B. P. Copenhaver, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2002.